

179. El valor del trabajo

Recordando muchas veces aquellas palabras de la Biblia: “*El hombre ha nacido para trabajar, como el pájaro para volar*”(Job 5,7), no podemos dejar de volver una vez más al tema tan interesante, tan bello, tan agradable como es el trabajo. Ese trabajo que Jesucristo lo enseñó sin palabras, pero como un punto fundamental del Evangelio, con el ejemplo de su propia vida. La gran pancarta de una concentración obrera —bastante de izquierdas, pero moderada, con mucho sentido común y con muchísimo más sentido cristiano—, llevaba escrito este eslogan: *¡Trabajadores, la enhorabuena! Jesucristo fue un obrero.*

Son muchos los temas que tratamos en nuestro Programa de evangelización. Pero pocos habrá tan importantes como éste del trabajo. Dios ha querido asociar al hombre a su obra creadora, y, gracias al hombre —al que se quema las cejas sobre los libros, o destripa la tierra con el tractor, o hace chispear el hierro incandescente sobre el yunque—, gracias a ese hombre ingenioso e incansable, el mundo es más bello, más rico, más acogedor, más habitable... La mayor dignidad del trabajo es el ser un complemento de la acción del Dios Creador.

Hace ya muchos años que un diputado francés (*Turgot*) gritó con energía en la Asamblea Nacional: *-Dios nos da el derecho del trabajo, y nadie nos lo puede quitar.*

Podrá decir alguno: ¡Estamos arreglados!... ¿No se nos ha dicho siempre que el trabajo es una penitencia? La que Dios se pensó en el paraíso y le clavó a Adán pecador: “*Comerás el pan con el sudor de tu frente*”. ¿En qué quedamos entonces? El trabajo, ¿es una suerte o una desgracia? ¿Un derecho grato e inalienable, o un deber enojoso? ¿Es algo que nos debe apasionar, o una carga molesta que nos podemos echar de encima?... Por poco que discurremos, estas cuestiones están fuera de lugar. Dios ha sabido organizar y combinar muy bien las cosas, el trabajo con el descanso, la fatiga con el placer, de modo que tanto una parte como la otra sean una bendición para el hombre.

Para la Biblia, el trabajo es la penitencia concreta que el hombre ha de ofrecer a su Dios por haber pecado, por haberse rebelado contra Él, por haber trastornado con la culpa la armonía de la creación. Siempre con el pensamiento de la Biblia, a la penitencia de la fatiga se añade la humillación del hombre, el soberbio que se alzó contra Dios, y ahora tiene que decir ante la ley del trabajo: *No tengo más remedio, o trabajo o me muero de hambre.* Fatiga y humildad son la expiación nuestra ante Dios por nuestras culpas.

Pero ese mismo Dios del paraíso, y antes de que el hombre cayera, le había impuesto un encargo que le llenaba de noble orgullo: *¡Dominad la tierra! ¡Dominad la creación!...*

Total, que el trabajo, mirado a la luz de la revelación de la Biblia, es humildad por lo necesario; es penitencia, por la expiación; y es una gloria por la asociación con el Dios Creador.

Si ahora miramos todo esto bajo el prisma de la vida de Jesucristo, la ley del trabajo pierde todos esos aspectos que parecen algo negativos para convertirse en un verdadero privilegio.

Jesucristo se ha convertido en el primer camarada del gremio de los trabajadores de la tierra y del taller. Y entonces se dice cada cristiano: ¿Humillarme a mí la misma ocupación que absorbió la vida de un Dios?... ¿Dolerme una penitencia que un Dios, Hombre como yo, se echó sobre sus espaldas?... ¿No apasionarme el trabajo con el cual las manos mismas de Cristo van preparando el mundo para el establecimiento definitivo de su Reino, que será el Reino mío?...

Todas estas reflexiones sobre el trabajo nos las inspira la misma Biblia. Y entre todas las palabras de la Biblia, lo que resulta tumbativo es el ejemplo de Jesucristo. Con Jesucristo delante, sobran todos los razonamientos, pues no hay más que decirse: *¿Jesucristo lo hizo? ¡Tengo bastante!...*

Sin embargo, vamos a mirar ahora otro aspecto del trabajo, como es la formación humana que comporta. Así como la pereza, el no hacer nada, es lo que más degrada a una persona y la hace indigna hasta de vivir, el trabajo, por el contrario, es lo que más la forma y con más valores la enriquece.

Lo ilustramos con un ejemplo. El último Papa no italiano, de hace ya más de cuatrocientos cincuenta años, hasta que vino Juan Pablo II, había sido el holandés Adriano VI.

De muchacho, estudiante en la universidad, después de trabajar durante el día, al atardecer se alejaba de sus compañeros, desaparecía, y no le veían más. Un día le siguieron secretamente los pasos, y a altas horas de la noche le hallan junto a una iglesia debajo de la farola.

- *Pero, ¿qué haces aquí?*

- *¿Qué queréis que haga? Soy muy pobre, he de trabajar para comer, no puedo comprarme una vela cada noche y hace ya cuatro meses que sigo mis estudios aquí, o en la esquina de una calle, o en cualquier parte donde haya luz.*

¿Valdría después para algo semejante muchacho?... Años más tarde sería Canciller de aquella Universidad de Lovaina; el Emperador Carlos V lo nombró primer ministro de España, y, en su ausencia, pero conoedores de su valer, los Cardenales le llamaban a Roma porque lo habían elegido Papa...

Lo miremos como lo miremos, ¡cuántos valores, divinos y humanos, encierra el trabajo! Cualquier trabajo que realizamos a conciencia y por deber. El que sea, brillante o humilde. El que está ejerciendo ahora usted, mientras escucha esta transmisión.

Porque es trabajo suyo, de su persona, tan digna de respeto.

Porque es trabajo de Dios, que sigue haciendo su propia obra con las manos de usted. Porque es trabajo de Jesucristo, ¡que ya es decir!...